

## Poéticas

## Poesía sin vuelo

(Los sueños grávidos de Karmelo C. Iribarren)

*Si no fuese duro, no estaría vivo.  
Si no pudiera ser dulce, no merecería estarlo.*

Raymond Chandler

Llega, toca, lárgate.

Freddie Green

*Como a veces  
nos viene a la memoria  
algo sin importancia  
que dejamos  
para el día siguiente  
hace ya tiempo,*

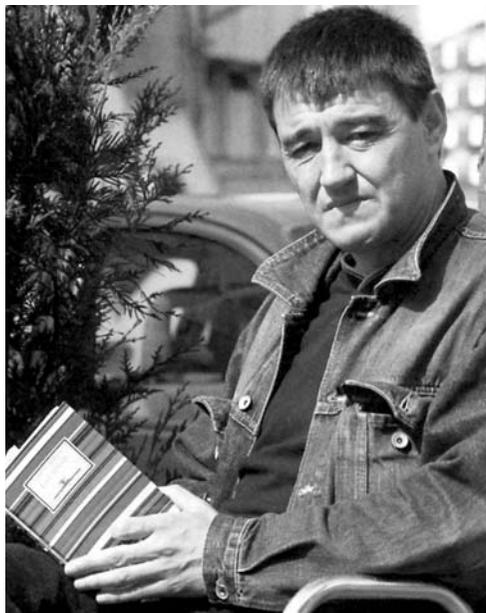
*he recordado  
viejo amor  
cuánto te quise.*

## El Amor

Interesa retratar la banalidad del gesto, la pequeña emoción a él adherida, las transiciones en que cualquiera de nuestros actos o el imaginario que las propician dejan de ser sublimes. Estos fragmentos componen la crónica de los espacios en blanco que somos, aquellos en que aparentemente nada nos sucede. Acaso sea en esos abismados presentes cuando más nos pertenecemos.

Nada hay en el deambular de estas sombras de exasperado o dramático. El tono cadencioso y sereno, la elegía desapasionada con que se acompañan estos episodios nihilistas recuerda a la indolencia lúcida de Iliá Ilich Oblómov, su apática contabilidad del mundo desde el fondo de un diván, retratada por Goncharov, y a toda esa generación de hombres superfluos, anodinos, igualmente incapaces para negar la vida que para dotarla de aliento, que la literatura rusa acertó a instaurar.

*Más allá de la ventana  
un trozo de autopista  
solitaria  
bajo la lluvia;  
dos bloques de pisos  
de cemento rojo,  
sucio, gris;  
un árbol desnudo,  
raqúitico,  
bajo el viento,  
espectral...*



Karmelo C. Iribarren

*"De la vida me acuerdo,  
pero donde está."*

Tal como señalara Ciorán: "No hay negador que no esté sediento de un catastrófico sí". También Iribarren afirma: "El amor y sus simulacros, ese invento necesario se extiende como una llamada de auxilio".

*Suena el teléfono de pronto  
y ti desapareces. Más tarde,  
mientras fumo un cigarro  
o leo una novela, vuelves.  
Y te vas otra vez porque  
ha llegado alguien. Así vivimos*

*estos últimos meses. Así  
sufrimos. Siempre conmigo  
tú, contigo yo, siempre  
escondidos. Unidos sólo  
por estar amor  
impronunciable.*

## La ciudad

Se advierten atmósferas de novela negra, realismo sucio, los silencios de Cerver, algo de las destempladas tentativas de Roger Wolfe, en ocasiones la crudeza y rabia, las ácidas venganzas de Fonollosa. Todo ello en un tono sobrio y acompasado, sin aristas.

Poesía despojada, seco inventario de todos los objetos sueltos de que está hecha una ciudad. Objetos indiferentes, silenciosamente lacerantes, que apenas nos nombran a pesar de estar en ellos nuestra impronta. Detrás de estas fracturas se adivinan los cielos ciegos del pintor Aitor Etxeberria en su serie Babel. El horizonte disecado sobre el que se recorta el vértigo de una ciudad atrapada en sus espirales.

Como ya advirtiera Martín-Santos, "un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre... un hombre nunca está perdido porque para eso está la ciudad. Que el hombre puede sufrir o morir pero no perderse en esta ciudad, cada uno de cuyos rincones es un recogetido perfeccionado, donde el hombre no puede perderse aunque lo quiera porque mil, diez mil, cien mil, pares de ojos lo clasifican y disponen, lo reconocen y abrazan, lo identifican y salvan, le permiten encontrarse cuando más perdido se creía en su lugar natural".

La ciudad es un reducto del que toda huida ha sido extirpada. Las Autopistas han instaurado un nada consolador retorno, tendidos eléctricos como la nervadura de un animal que camina en sueños, portales para guarecerse de uno mismo, charcos como cielos que en vano esquivamos. Callado tejido. Gestos y objetos son un mismo lastre que nos mantienen aferrados a una tierra donde apenas queda ya nada por decir.

Todos estos objetos cobran vida alguna vez, se fundan entonces mudas complicidades, un extraño abrazo entre seres de una misma especie, a los que hieren idénticas pérdidas.

*Acabo de tirarlos,*

*35 minutos bajo la tormenta  
—esperando un maldito  
taxi—  
han podido con él.*

*Pero cómo se ha portado.*

*Ésa es la diferencia:  
los taxis son como ciertos  
amigos,  
nunca están cuando  
más los necesitas.*

*Los paraguas, en cambio,  
mueren por tí.*

Jon Obeso Ruiz de Gordoa

## Áspera realidad

Poesía carente de épica; estar vivo es simplemente un accidente, ninguna grandeza acompaña a este hecho, ninguna acción traspone ningún límite, ni nos eleva más allá de nuestras insipidas maneras de habitarnos. Paradójicamente cualquier tentación literaria es tenida por una falsificación. Por ello es difícil hablar de la existencia de versos en estas composiciones. Una decidida voluntad antirretórica las recorre. Junto a maneras sobrias y coloquiales se pretende dar cuenta de una realidad seca, tajante y nítida; realidad áspera, exenta de la coartada de algún adjetivo en la que poder transfigurarse o desaparecer.

Iribarren no aspira a decir el mundo de forma poética, eso entrañaría salvarlo. Tan sólo reproducir con el lector la discreta complicidad que nos procura una conversación en tono menor. Esta poesía sin ambiciones, tampoco se complace en malditismo alguno; la voz de Iribarren transcurre certera y templada, sin estridencias constata un paisaje replegado sobre sí mismo, miradas donde ningún horizonte ha prendido. Estas formas del desengaño, este íntimo desencuentro con la vida, se resuelve sin autocomplacencia, con grandes dosis de ironía y autocrítica. El yo de estos poemas está tratado con una sincera falta de consideración, nada en él declina hacia la mitificación. Las anécdotas y recuerdos se solapan, pierde su brillo nuestra historia.

En los epigramas urbanos de la poesía de Karmelo C. Iribarren (San Sebastián, 1959), hay más ternura y fibra que desgarró. Que sus tonos invoquen en tantas ocasiones la quiebra de la vida con que Carver "inventó" el llamado realismo sucio, ha hecho que en ocasiones se considere la poesía de este donostiarra en la casilla de esta corriente más narrativa que lírica. Ha sido Luis Antonio de Villena quien, al anotar los perfiles minimalistas de la poesía de Iribarren, ha acuñado en cambio el término de *realismo limpio* con que saludar y definir su mosaico epigramático. La

sutileza con que este cronista de la melancolía, la turbulencia y el fragor del tiempo urbano —todo junto—, va agavillando en sus versos los movimientos elementales de la cotidianidad, hacen de su poesía un elemento de agitación del corazón del lector —como ha apuntado Michel Gaztambide—, más que una estampa de la realidad del mundo, por más que esta sea o aparezca sucia o truncada. Ahí el mérito de su aparentemente elemental discurso, que no es sino una de las formas en las que se devela más lo sustantivo, que el sustantivo, más el color y la geometría de lo narrado, que

su adjetivación, hecha tantas veces en poesía como elemento de adorno. En Iribarren, cuyos ayes de humor y distancia acentúan aquella sutileza, se conjuga esa visión a veces dolorosa que el mundo nos produce y el gesto entrañable de complicidad, de conciencia de lo referido. Pocos poetas tienen en su verbo un fin tan práctico: estrechar al lector con aquella respiración de las cosas, las gentes, los sueños, advirtiéndole que, mientras camina, la vida va consumiéndose lentamente. Que las palabras, a veces, tienen más romanticismo que la realidad que describen. Y que tienen sa-

bor cierto y amable, como dice Iribarren en un poema, como la cerveza fresca y oportuna. Hasta aquí, por cierto, ningún poeta vasco —en ocasiones escasas, Celaya, en otras, Aresti, pero escasas— habían conjugado un lenguaje poético descriptivo de la realidad —por dentro y por fuera—, con la gracia y el acento de Iribarren. Pues la realidad puede ser sucia, y lo es, pero el poeta debe tener la mirada limpia. Y la tiene. Porque la aspeza de la vida no la construye la mirada del poeta, sino la vida misma.

Félix Marañá

## Realismo limpio